

Una entrevista con León Trotsky sobre la “literatura proletaria” [hecha por Maurice Parijanine]

**León Trotsky
Julio y agosto de 1932**

(Tomado de “Una entrevista con León Trotsky sobre la ‘literatura proletaria’”, en León Trotsky, *Literatura y revolución*, Tomo II, Ruedo Ibérico, Colombes, 1969, páginas 115-123)

Durante mi estancia en Prinkipo, en casa de León Trotsky, le pregunté su opinión sobre la literatura “proletaria” después de haberle informado de los debates que suscitan en occidente ciertos escritores polemistas. Sería, yo espero, ridículo e indecente, reclamar para Trotsky el derecho a representar el espíritu revolucionario. Tiene su lugar en la historia, quiérase o no. Como actor de la gran revolución rusa, aunque proscrito, permanece vencedor. Como escritor lleva a cabo, con una rara lucidez y firmeza, su tarea de mandatario del proletariado.

Comenzó por decirme que, a causa de sus ocupaciones, apenas se mantenía al corriente de los movimientos literarios, incluso de aquellos llamados “proletarios”. Por consiguiente, no le convenía de ningún modo hacer declaraciones. Aunque, más tarde, habiendo tomado cómodamente el tiempo para reflexionar, me hizo llegar una serie de grandes y pequeñas cuartillas que sólo me queda por utilizar honestamente. El lector encontrará aquí una entrevista escalonada a lo largo de dos semanas, y llegada a mis manos desde el primer piso, donde vivía Trotsky, a la planta baja, donde me hospedaba.

Recibo un texto de León Trotsky:

“Mi actitud respecto a la cultura proletaria se muestra en mi libro *Literatura y revolución*. Oponer la cultura proletaria a la cultura burguesa es inexacto o incompletamente exacto. El régimen burgués y, por consiguiente, la cultura burguesa, se han desarrollado a lo largo de numerosos siglos. El régimen proletario no es más que un régimen pasajero y transitorio hacia el socialismo. Mientras dure este régimen transitorio (dictadura del proletariado) el proletariado no puede crear una cultura de clase en cierto grado acabada. Sólo puede preparar los elementos de una cultura socialista. En esto consiste la tarea del proletariado: crear una cultura no proletaria, sino socialista, sobre la base de una sociedad sin clases.”

Respondo a Trotsky que seguramente tiene razón al disociar la idea de cultura de la de espíritu de clase, pero que, sin embargo, esta discriminación no es válida sino para un plazo aún indeterminado. Mientras tanto, es concebible que la clase obrera, en su periodo de lucha por la conquista del poder y por la emancipación de todas las categorías de trabajadores, se preocupe de crear, aun con medios insuficientes, una cultura particular, provisional, justamente apropiada a las necesidades de la lucha revolucionaria.

¿Es necesaria esta cultura que no tiene nada de definitivo en el tiempo y que está estrictamente limitada a las sociedades contemporáneas?

-Sí, responde Trotsky, y usted haría bien en señalar que, menos que nadie estaría yo dispuesto a despreciar las tentativas de creación artística o, más generalmente, cultural, que vengan a insertarse en el movimiento revolucionario. Solamente he querido decir que los resultados de estas tentativas no pueden ser absolutos... Trataré de darle indicaciones más precisas.

Recibo otro papel de Trotsky. Es un extracto de una carta escrita por él a un amigo, con fecha del 24 de noviembre de 1928, desde algún lugar de deportación. El hecho de que Trotsky me envíe copia de este texto más de tres años después, prueba que mantiene rigurosamente la opinión de que nuestros escritores “proletarios” franceses no aprenderán sin amargura. Leamos pues:

“Querido amigo: he recibido el interesantísimo periódico mural y *Octubre*, que contiene el artículo de Serafimovich. Estas rarezas¹ de las bellas letras burguesas se creen llamadas a crear una literatura “proletaria”. Lo que ellos entienden por eso es, muy visiblemente, una falsificación pequeñoburguesa de segunda o tercera clase. Igual pudiéramos decir que la margarina es “mantequilla proletaria”. El viejo y buen Engels ha caracterizado perfectamente a estos señores, expresamente a propósito del escritor “proletario” francés Vallés. El 17 de agosto de 1884, Engels escribía a Bernstein: “No hay razón para que haga usted tantos cumplidos a Vallés. Es un lamentable pedante literario o más bien literaturizante, que no representa absolutamente nada por sí mismo, *quien, falto de talento, se ha pasado a los más extremistas* y se ha convertido en un escritor “tendencioso” *para colocar de esta manera su mala literatura*”. En estas cuestiones nuestros clásicos eran implacables; pero los epígonos hacen de la “literatura proletaria” un saco de mendigo en el cual recogen los restos de la mesa burguesa. Y al que no quiera tomar estos restos como literatura proletaria, se le dice “capitulador”. ¡Qué vulgares personajes! ¡Qué pedantes! ¡Qué asquerosos! Esta literatura es aún peor que la malaria, que vuelve de nuevo a hacer estragos por aquí”²

Esta crítica escandalizará a las almas buenas en los medios revolucionarios donde el autor de *El insurrecto* pasa por un santo de las letras. Pero ¿qué puedo hacer? Porque se da el caso de que uno de “nuestros clásicos”, Engels, guía la cachiporra de la que se sirve su discípulo y continuador, arruinando una reputación de escritor anarquizante cuya mala ley adivinamos, sin atrevernos a confesarlo³.

Un poco más tarde, pretextando esta conversación escrita, interrogo a Trotsky sobre los fabricantes de piezas de propaganda que abastecen nuestras veladas obreras. Me dice que no está informado. Le interrogo también con respecto a Henri Barbusse y a *Le Monde*. Para Trotsky, Barbusse y su medio literario no existen en absoluto. Me lo esperaba. De repente, León Davidovich, buscando siempre precisar su pensamiento, me comunica que acaban de publicarse interesantes inéditos de Engels sobre Ibsen.

¹ El entrevistador se siente disgustado al tener que reproducir aquí un juicio tan duro sobre un escritor del que ha traducido *El torrente de hierro*. ¿Pero qué valor tendrá una interviú falseada al gusto del entrevistador? En lo que concierne a Serafimovich, conviene decir que este autor de formación burguesa y de talento bastante apagado, se ha superado magníficamente en su reportaje sobre la guerra civil en el Cáucaso y tiene, además, el gran mérito de haber consagrado toda su buena voluntad a la revolución de octubre, atrayéndose así las iras de los mejores escritores, convertidos en reaccionarios, que antes lo acogían con discreta simpatía. Nota de Parijanine.

² En esta carta los pasajes en bastardilla han sido subrayados por el propio Trotsky. Parijanine.

³ No se pone en duda la honestidad revolucionaria de Vallés, su ardor, su valentía y su abnegación. Pero su literatura patética, llena de jactancia y vacía de doctrina, es la que menos conviene al proletariado, fuera de los grandes movimientos de masas populares y de sus épocas heroicas. Aun en tales épocas, hay que lamentar con frecuencia que la “frase”, el “reclamo” y un inconsistente egocentrismo teñido de una inconsistente charlatanería “revolucionaria”, hayan tenido tanta influencia sobre las masas. La Commune fue demasiado rica en manifestaciones de este género y Vallés, muy sincero hasta en la afectación, extrajo de esa experiencia un tipo de literatura de pequeña burguesía incendiaria, en la que los semimarxistas y anarquistas han creído reconocer el modelo justo de la literatura proletaria revolucionaria. *Lectures du soir* (28 de abril de 1932) nos da, sin quererlo, una demostración completa del “nihilismo” caduco de Vallés, asombrándose sin razón de que este rebelde, desdeñado por la clase obrera, acabe por ser adoptado como “autor” por la burguesía, castigo que por cierto no había merecido. Nuestro buen amigo Poulaille cita con delicia frases huecas de Vallés, como ésta sobre la Commune: “Son las bodas de la idea y de la revolución”. A continuación, pregunta si es literatura haber propuesto, como lo hizo Vallés, incendiar París para impedir que entraran los versalleses... De seguro esta era una política imposible. Respondamos, pues, que sí era literatura. Las páginas descubiertas de Vallés que aparecen en *Lectures du soir*, no hacen más que reforzar el severo juicio de Engels. Por otra parte, parece que Poulaille se hace una idea muy sumaria de las revoluciones contemporáneas y una idea entusiasta en demasía de la literatura “proletaria” (con Vallés a la cabeza). Parijanine.

Dos mediocres escritores alemanes que antes pertenecían a la extrema izquierda de la socialdemocracia, más tarde conservadores y fascistas, habían abierto una polémica sobre el valor social de Ibsen, a quien declaraban reaccionario y pequeñoburgués. Engels, a quien le habían pedido intervenir en esta polémica, comenzó por declarar que le sería imposible profundizar por falta de tiempo y porque la cuestión era compleja. Pero quiso destacar que en su opinión Ibsen, escritor burgués, expresaba un progreso. En nuestra época, declaró Engels, no hemos aprendido nada en literatura, excepto de Ibsen y de los grandes novelistas rusos. Los escritores alemanes son unos “filisteos”, unos cobardes unos mediocres, porque la sociedad burguesa alemana va a la zaga de la evolución general. Pero Ibsen, como portavoz de la burguesía noruega, la que, por el momento, es el elemento progresista y hasta anticipa sobre la evolución de su pequeño país, tiene una enorme importancia histórica tanto en Noruega como en los otros países. En particular Ibsen enseña a Europa y al mundo la necesidad de la emancipación social de la mujer. Nosotros, como marxistas, no nos podemos desentender de ese problema y debemos distinguir entre el pensamiento burgués progresista de un Ibsen y el pensamiento reaccionario, timorato, de la burguesía alemana. La dialéctica nos obliga a ello. Es poco más o menos en estos términos como Trotsky me transmite las reflexiones de Engels. No pude tomar nota en el momento. Estábamos en la mesa. El 2 de abril me envía el siguiente mensaje desde su piso a la planta baja: “Camarada Parijanine: para evitar equívocos quisiera señalar un punto sobre la cuestión de la literatura y de la cultura proletaria, que, en sustancia, resulta evidente para todo marxista, pero que es cuidadosamente velado por la burocracia estaliniana y por cualquier otra. Aun en régimen capitalista debemos, desde luego, hacer todo lo posible por elevar el nivel cultural de las masas obreras. A esto corresponde, en particular, la preocupación por su nivel literario. El partido del proletariado debe considerar, con extraordinaria atención, las necesidades artísticas de la juventud obrera, apoyándolas y dirigiéndolas. La creación de círculos de escritores obreros principiantes, si la cosa es bien llevada, puede dar resultados totalmente provechosos. Sin embargo, por importante que sea esta esfera del trabajo, permanecerá encerrada inevitablemente en límites estrechos. Una nueva literatura y una nueva cultura no pueden ser creadas por individuos aislados que salgan de la clase oprimida; sólo pueden ser creadas por toda la clase, por todo el pueblo emancipado de la opresión. Violar las proporciones históricas, es decir, en el caso presente, sobrestimar las posibilidades de cultura proletaria y de literatura proletaria, conduce a desviar la atención de los problemas revolucionarios para fijarla en los problemas culturales; eso separa a los jóvenes obreros escritores o “candidatos” a escritores de su propia clase, los corrompe moralmente, los convierte con harta frecuencia en imitadores de segunda categoría con pretensiones de ilusoria vocación. En mi opinión, es contra eso y sólo contra eso, contra lo que hay que luchar sin cuartel.”

En suma, Trotsky reclama una cultura auténtica y rechaza el *ersatz*, el pan K.K. del espíritu, este arte indigente, caricaturesco, esta miserable propaganda de tasca, este teatro “prolo”, los innumerables horrores sentimentales y “filosóficos” con los que se envenenan las organizaciones obreras. Trotsky se siente igualmente distante de los experimentadores en “arte revolucionario”, que benévolamente nos delega una burguesía “simpatizante”, irremediablemente satisfecha y distraída por pequeñas excentricidades de estilo y de escenificación. En fin, Trotsky desconfía de los escapados del proletariado que, viviendo de su arte, como artistas, fingen seguir siendo “pueblo”, pretenden despreciar y renovar la cultura burguesa que los celebra, siempre para distraerse.

La cultura, disposición general de las sociedades a trabajar y fructificar de cierta manera, no se improvisa. La doctrina marxista exige que la nueva sociedad acoja todo lo que quede de precioso de la antigua sociedad, y el revolucionario está lejos de negar los

derechos y los deberes de la sucesión. La tarea de una clase victoriosa es siempre la de imponer una cultura nueva, enriquecida y completada en los detalles con el tiempo. Pero si lo nuevo es nuevo, si el presente es el porvenir, no por ello deja de contener una enorme dosis de pasado. Hace falta, piensa Trotsky, una colaboración de todas las fuerzas populares despertadas por la revolución para crear lo nuevo salvando la herencia. En el espíritu de Trotsky, que no quiero traicionar en absoluto, la cultura es la integración de un estado general en los trabajadores, de una fuerza común, pero únicamente manifestable a través de la revolución. El marxista tiene en cuenta la solidez y la armazón de la especie, de lo perenne tan constante en sus réplicas a la necesidad cotidiana, y, por consiguiente, tan móvil. Permanencia de la revolución... En los elementos contrarios de ese término, afirmación de la suprema ley de la naturaleza que conocemos...

Sin embargo, Trotsky se inquietaba aún por la alteración que yo pudiera infringir a su pensamiento. Me envió con la carta anterior, la siguiente comunicación:

“Hay que poner condiciones sobre lo que se entenderá por *literatura proletaria*. Obras que tratan de la vida de la clase obrera constituyen cierta parte de la literatura burguesa. Basta con recordar *Germinal*. Nada cambia en el asunto, incluso si tales obras están penetradas de tendencias socialistas y aunque sus autores resulten salidos del medio de la clase obrera. Esos que hablan de una literatura proletaria, oponiéndola a la literatura burguesa, tienen evidentemente en vista, no diversas obras, sino todo un conjunto de creación artística que constituye un elemento de una nueva cultura “proletaria”. Eso supone que el proletariado sea capaz de crear, en la sociedad capitalista, una nueva cultura proletaria y una nueva literatura proletaria. Sin un grandioso ascenso cultural del proletariado, es imposible hablar de una cultura y de una literatura proletarias, pues, a fin de cuentas, la cultura es creada por las masas y no por los individuos. Si el capitalismo abriera estas posibilidades al proletariado, ya no sería el capitalismo, y no habría por qué derrocarlo. Esbozar el cuadro de una cultura nueva, proletaria, en el marco del capitalismo, es ser un utopista reformista, es estimar que el capitalismo abre perspectivas ilimitadas de perfeccionamiento. La tarea del proletariado no es crear una nueva cultura en el seno del capitalismo, sino derrocar el capitalismo en pro de una nueva cultura. Desde luego, ciertas obras artísticas pueden contribuir al movimiento revolucionario del proletariado. Obreros con talento pueden acceder al rango de escritores distinguidos. Pero de eso a una literatura proletaria aún queda un largo trecho.

En las condiciones del capitalismo, la tarea esencial del proletariado es la lucha revolucionaria por la conquista del poder. Después de esta conquista, la tarea consiste en edificar una sociedad socialista y una cultura socialista. Recuerdo una corta entrevista con Lenin (una de las últimas) sobre estos temas. Lenin me pedía con insistencia que me pronunciara en la prensa contra Bujarin y otros teóricos de una “cultura proletaria”. En esta conversación, Lenin se expresó más o menos así: “En la medida en que una cultura es proletaria, no es aún una cultura. En la medida en que existe una cultura, ya no es proletaria”. Este pensamiento es completamente claro. Mientras más el proletariado, ya en el poder, eleve su propia cultura, más cesará ésta de ser una cultura proletaria, haciéndose cultura socialista.

En la URSS, la creación de una literatura proletaria es proclamada como tarea oficial. Por otra parte, se nos dice que la URSS, en el curso del próximo quinquenio, se transformará en una sociedad sin clases. Pero en una sociedad sin clases, lo que puede evidentemente existir es una literatura sin carácter de clase, luego no proletaria. Es evidente que en esto falta una rigurosa conexión de los términos. Al régimen transitorio en la URSS responde en un cierto grado el papel dirigente de los “compañeros de viaje” en literatura. La preponderancia de los “compañeros de viaje” es también facilitada por el hecho de que el régimen burocrático ahoga las tendencias creadoras autónomas del

proletariado. Se presentan como modelos de literatura proletaria las obras de los “compañeros de viaje” menos dotados, que se distinguen por su servilismo. Entre los “compañeros de viaje” existe un cierto número de verdaderos talentos, aunque no exentos de la enfermedad del gusano roedor. Aunque el único de los Serafimovich es el mimetismo. La liquidación de la grosera tutela mecánica, ejercida por la burocracia estaliniana sobre todas las formas de creación espiritual, es la condición indispensable de un incremento del nivel literario y cultural de los jóvenes elementos proletarios en la URSS por el camino de la cultura socialista.”

Una cuestión de técnica literaria me llevó a Prinkipo. Trotsky sabe hasta qué punto respeto en él al combatiente de la causa proletaria y al ilustre organizador de las victorias de octubre. Sabe que le considero como uno de los hombres más grandes de nuestro tiempo. No tenía necesidad de que le hiciera confidencias groseramente elogiosas y no hablamos en absoluto de su política. Si mi pensamiento y mi sentimiento me hubieran comprometido a confiarle enteramente mi fe, se lo hubiera dicho, y daría testimonio de ello. Mi declaración, lo sé, no tendría ninguna importancia para el movimiento revolucionario. Estimo que es una de las razones por las cuales debo abstenerme de reflexiones en este orden de ideas.

El objeto preciso de mi visita y de mi estancia era la revisión de una traducción considerable, sobre la que había surgido una discusión entre el autor y yo. Se puede imaginar sin mucho esfuerzo que, durante largas horas de trabajo común, tuvimos discusiones, de las que conviene conservar algún testimonio debido a la situación histórica de mi interlocutor.

Creo, en primer lugar, que León Trotsky como escritor, utiliza métodos cuyo rendimiento es muy desigual. Confiesa haber redactado o dictado alguna de sus numerosas obras sólo por la necesidad de expresar su pensamiento lo más claramente posible. Si su temperamento estalla alguna vez en imágenes y metáforas sorprendentes que el ruso “refinado” no soporta siempre con facilidad, poco le importa. Usa, sobre todo, deliberadamente, la terminología corriente en política y se aviene a las repeticiones. Se preocupa poco de una determinada versión, juzgando que el objetivo se ha logrado si sus ideas han alcanzado el blanco. Conozco un libro, cuya publicación inmediata fue ordenada por él, a pesar de las imperfecciones evidentes de la traducción, y él me dijo: “Así debía publicarse. El estilo aquí cuenta poco”. Pero he aquí que este hombre de acción desea elevar su monumento literario. A partir de entonces, León Trotsky es completamente distinto. Ha escrito y dicho que vaciló mucho, mucho tiempo, antes de ser el militante que conocemos, entre la carrera de ingeniero y la de escritor. En varios periodos de su vida manifiesta la vocación de “literato”. Confecciona con gran esmero libros cuya alta calidad artística nadie negará: *1905, Lenin*, su *Ensayo autobiográfico* [Mi vida] y actualmente su *Historia de la revolución rusa*.⁴

-¡Ah, qué difícil es escribir! me dice.

Los manuscritos de Trotsky son inmensas hojas tan llenas de cola como de tinta.

-Mi trabajo no avanza rápidamente... no más rápidamente que el suyo...

Quiero destacar aquí la gran delicadeza de Trotsky. Viene a verme:

-Usted ha podido pensar que le reprochaba trabajar lentamente. No era en modo alguno esa mi intención. Sé lo que usted hace...

Pero se rebela a veces cuando trato de defender nuestra sintaxis francesa contra atentados flagrantes.

⁴ Todos ellos disponibles en nuestras [Obras Escogidas de León Trotsky \(OELT-EIS\)](#), excepto el *Lenin*, de próxima edición.

Yo había escrito una frase cuya construcción se esbozaba, esquemáticamente, así: “Como se había dicho esto, que por otra parte se trataba de tal manera y que en fin la idea que él se hacía...”.

-Ah, camarada Parijanine, ¿por qué todos esos qué?

-El que sustituye normalmente al como en una serie de proposiciones subordinadas...

-¡Ah! camarada, camarada... busque otra cosa... ¡Quíteme esos que!

-¡ La sintaxis!

-Sí, ¡la sintaxis! ¡la Academia!... Pero es pura pedantería, exclama Trotsky (se agita en su silla, su irritación no es fingida, sus expresivos dedos me lo advierten). ¡Sus que!

¿Ignora usted que Flaubert detestaba los que? ¡Espere un poco! ¡Cuando hagamos la revolución en su país, sus que...!

Bajo la cabeza:

-Sí, quizás... Pero la revolución no se ha hecho... Trotsky, bonachón y desanimado:

-Bueno, está bien... deje sus *que*... Pero pronto vendrá mi desquite... ¡Va a ver usted!...

Y la batalla continúa.

Trotsky admira el estilo de Flaubert y el de... Pascal. Sí, se trata de Bias Pascal, autor de la apología cristiana. En él, el escritor materialista ha apreciado la prontitud y dureza de las fórmulas, la potencia explosiva que rompe el curso abundante y regular de la prosa francesa. A Trotsky no le gusta para nada la redondez oratoria, el desarrollo “acolchado” (dice él) cuya virtuosidad le parece una debilidad. Irónico, me persigue:

-¡Usted imita a Bossuet, camarada!...

-¡Eh! ¡Eh! ¡No estaría tan mal si pudiera creerle!...

Pero, ¿no se impacienta desde entonces tratando de adivinar la recitación rítmica de Flaubert?

No, y probablemente no porque ha encontrado en Flaubert, independientemente de la cadencia, el extremo vigor de los contrastes.

Estas preferencias caracterizan, no a Pascal y a Flaubert, sino al propio Trotsky. Indican sus afinidades de escritor. Por lo demás, mostrando su temperamento, no prueban necesariamente su competencia crítica. Sólo manifiestan su originalidad de hombre hecho para la batalla y lo imprevisto de las fórmulas impetuosas.

En todo caso, la opinión de Trotsky sobre la cultura socialista en general y sobre la literatura llamada “proletaria” en particular, es de una importancia capital. Pues sitúa exactamente las relaciones entre elementos incompletos.

Por un lado, artistas forzosamente sujetos al sueldo de la burguesía; por otro lado, un proletariado miserablemente “culto”, al que no llegan ni siquiera las obras de los escritores llamados “proletarios”.

¡Ahí está lo trágico de una situación que sólo cambiará con la revolución! Y esto es lo que León Trotsky ha puesto de relieve brutal y claramente.

Maurice Parijanine, (Les Humbles, julio y agosto de 1932)

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es